

El nadador como héroe

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Haunts of the Black Masseur.*

The Swimmer as Hero

En cubierta: imagen © Volodymyr Melnyk / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Charles Sprawson, 1992

© De la traducción, Lorenzo Luengo

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-12-6

Depósito legal: M-4.155-2023

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Charles Sprawson

EL NADADOR COMO HÉROE

Traducción del inglés
de Lorenzo Luengo

 Siruela

Libros del Tiempo

«Cuando veo a un nadador, pinto a un ahogado».

JACQUES PRÉVERT, *Le Quai des Brumes*

«Hete aquí farfullando a Donne o a Baudelaire,
hete aquí remedando a ese reloj de cuco,
hete aquí sirviendo en doble falta para el set,
hete aquí nadando, desnudo en una roca de Dalmacia,
hete aquí burlando al sol poniente,
hete aquí con Proust, a bordo de tu corbeta malhadada...».

LOUIS MACNEICE, *El caído (in memoriam G. H. S.)*,
en la muerte de un amigo ahogado
en mitad del Atlántico durante la guerra

Índice

<i>Prefacio</i>	11
I La supremacía inglesa	27
II Aguas clásicas	51
III El estilo Eton	75
IV La tradición byroniana	105
V Características del nadador inglés	135
VI Romanticismo alemán	193
VII El sueño americano	219
VIII La década japonesa	277
<i>Agradecimientos</i>	299
<i>Índice onomástico</i>	301

Prefacio

«Los dioses que hace cientos de años se marcharon de Nápoles aún se encuentran en la India, así que para mí es como volver a casa. En la India puedo sentir lo que hace muchos años suponía estar en Italia».

FRANCESCO CLEMENTE

Aprendí a nadar en la India, en una piscina que Ranjitsinhji, el jugador de críquet eduardiano, había donado a la escuela. Yo era el único niño inglés del colegio. Mi padre era el director, y sir K. S. Ranjitsinhji, el Jam Sahib de Nawanagar, su más eminente exalumno, aunque no era sino uno de los muchos príncipes que allí había. A veces su sucesor nos permitía bañarnos en las desbordadas criptas subterráneas de su palacio vecino, entre columnas que desaparecían misteriosamente en un agua negra. Arriba, en las paredes del palacio, aún colgaban los cuadros de muchachos bañándose pintados por Tuke, que el Jam Sahib había reunido durante los años en que jugaba al críquet en Inglaterra.

En aquel árido yermo de las llanuras occidentales a ningún otro inglés parecía que nadar le importase. Los jardines de los administradores carecían de piscinas, y tampoco las había en los acantonamientos para los soldados. Cuando estos viajaban a las montañas para huir del calor era, más que nada, para navegar o remar en el lago de Nainital. Mientras escribo tengo delante de mí una acuarela de Samuel Daniell en la que aparecen unas chicas indias bañándose y lavándose el pelo en un claro de la jungla, entre las cataratas y las charcas de un río situado en el sur de la India. En las pinturas inglesas los hindúes aparecen saltando al agua desde las terrazas

de los templos o repantigados en la parte menos profunda de los lagos. Sin embargo, se diría que para los propios ingleses nadar no era algo demasiado aceptable. Tenían la sensación de que era preciso guardar las apariencias, como se ve en esos retratos que Arthur Devis pintó de los ingleses y sus esposas, todos ellos vestidos con la misma formalidad de esas exquisitas figuras que su padre llevó a los jardines británicos, sin apenas otro atisbo de exotismo que la forma de una palma combada o la hoja dentada de un bananero, o un criado hindú situado deferentemente allá en el fondo. Era como si los ingleses se hubieran tomado al pie de la letra el precepto de George Borrow de que un «caballero» debía evitar la natación, «pues para nadar se ha de estar desnudo, y qué aspecto tendría sin sus prendas más de un apuesto caballero».

En las memorias de soldados y funcionarios apenas se menciona la natación. Pero en los relatos de aquellos ingleses que viajaban a la India por motivos personales, como una forma de autodescubrimiento y de realización individual, de satisfacer alguna inquietud mística de su personalidad, nadar parece ser una experiencia esencial y enriquecedora. Un amanecer, al verse despertado en mitad de un bosque por el rugido de una pantera, el aventurero Eric Muspratt, que recorrió el mundo entero tratando de escapar del veneno de la civilización, pasea hasta un «solitario templo hindú, un sencillo arco de piedra con unos peldaños que conducían hasta un pequeño lago de aguas cristalinas. Se hallaba rodeado de palmeras, y en su superficie flotaban los nenúfares. Al bañarme allí cuando despuntaba el sol me invadió un profundo sentir de agradecida veneración. Aquella quietud me envolvía como una bendición». En su ardoroso intento de ascender el K2, cargado con incontables volúmenes de poesía, Aleister Crowley se vio confrontado una mañana, al pie del Himalaya, por un brillante manto blanco que se extendía por una ladera, formado por depósitos cristalinos de una fuente termal como la de Pamukkale, en Turquía, sobre la cual los romanos habían levantado un

templo y donde en una ocasión me detuve un día entero para leer las odas olímpicas de Píndaro sobre una columna sumergida. Crowley escaló la cima del manto hasta la cuenca de la que procedía; era la mayor de diversas formaciones similares, «tenía diez metros de diámetro, y constituía un círculo casi perfecto. Una pileta para la mismísima Venus. Hube de invocar al Supremo en mi consciencia antes de aventurarme a invadir el lugar. El agua fluye delicadamente con emanaciones sulfurosas, y, con todo, el olor es sutilmente delicioso. Pasé más de una hora reposando en su aterciopelada tibieza, en el aire embriagadoramente seco de la montaña. Experimenté el éxtasis total del peregrino que ha llegado al término de sus penalidades». En sus ascensiones al Everest, Mallory se bañaba en las aguas de Cachemira. Para Mallory, la natación, al igual que el montañismo, era una «necesidad emocional y espiritual». Odell lo filmaría nadando decorosamente con un traje de baño, del que después se despojaría, «y también buscando un estanque en el que zambullirse y nadar a su gusto».

En mis primeros recuerdos de la India me veo a primera hora de la mañana mirando a través de la muselina de la mosquitera a mi padre, que practicaba yoga a los pies de su cama sobre una toallita, retorciendo su cuerpo en contorsiones y posturas que tan extrañas resultaban en un director de escuela. Se había visto influido por la lectura reciente de *Lives of a Bengal Lancer* [Vidas de un lancero bengalí], de Yeats-Brown, que concluye con el autor meditando en el Himalaya, aguardando el alba tras una prolongada discusión nocturna acerca de los misterios de la devoción y el amor. El charas que Yeats-Brown fumaba en un narguile le indujo la visión de que se colaba por unas cerraduras, de que caminaba por encima del Himalaya. El libro se convirtió en una película de Hollywood que celebraba el glamur de la India imperial, pero en realidad se trataba de la descripción de una búsqueda espiritual, el intento, por parte de Yeats-Brown, de sumergirse en los sensuales y enigmáticos rituales del Oriente, de tan escaso atractivo para el colono medio.

Poco antes de que me enviaran a estudiar a Inglaterra, mi padre y yo hicimos un viaje de tres días en tren por la costa del sur de la India. Se nos permitió utilizar el vagón personal de un maharajá, en cuya parte posterior había un ballestón en el que nos sentábamos durante el día, anhelando nadar en aquellos verdes ríos llenos de búfalos y de alegres jóvenes cuando el tren pasaba traqueteando sobre los puentes. Llegados al sur, dedicamos las horas a bañarnos entre las corrientes y las cascadas que aparecen en los grabados de Daniell, sagradas para los hindúes y frecuentadas por incontables devotos, aunque hoy rara vez son visitadas debido a que las presas han reducido sus aguas a un pobre hilillo que apenas empapa la desnuda fachada de piedra.

Fue a esos ríos del sur a los que se vio atraído Yeats-Brown, y donde encontró «la gloria y la gracia» de ver su cuerpo abrazado por aquellas aguas sagradas, a menudo a la luz de la luna. La ventana del dormitorio de nuestro pequeño albergue en el cabo Comorín daba al mar. Mi padre me mostró las rocas en las que, antaño, Yeats-Brown y el *swami* hablaban y meditaban: «A poco menos de cien metros al sur del santuario de la Virgen, uno de los templos más antiguos, que se encuentra en la punta del triángulo de la India, hay otro santuario de menor tamaño en el que se adora a los ancestros. Nos desvestimos allí, y nadamos unos cuantos metros hasta las dos rocas cupuladas, contra las cuales se levantan perezosamente las olas del océano Índico, decorándolas de tarde en tarde con un adorable encaje de espuma. Fue allí, en la roca más lejana, sin tierra entre el Antártico y él, donde Vivekananda se sentó a meditar aquella tarde en la que adoptó la formidable resolución de salir a conquistar Occidente con las enseñanzas del Vedanta». Yeats-Brown añade una nota al pie: «Al leer el relato de Romain Rolland de cómo el peregrino regresó a nado a la India, como si del canal de la Mancha o el Helesponto se tratase, y no de una brecha de apenas cinco metros, nos podemos hacer una idea de cómo se exageran los mitos».

Aunque era muy joven, comencé a formarme un vago concepto del nadador como un individuo bastante alejado o totalmente aislado de la vida ordinaria, devoto de un tipo de ejercicio en el que la mayor parte del cuerpo permanece sumergida y absorta. Me parecía que aquello atraía al introvertido y al excéntrico, a los individualistas que habitan su propio universo mental. El pasado verano estaba a punto de partir de Portofino cuando recordé que allí se hallaba el antiguo hogar de Yeats-Brown. Su padre había comprado un castillo morisco en desuso situado en el promontorio, por 40 libras, en la década de 1860, y cuando regresó de la India Yeats-Brown canceló su viaje a Génova para dirigirse allí. De manera que pernocté otra noche, y a primeras horas de la mañana siguiente paseé entre los cipreses y los pinos sombrilla hasta una pequeña cala arenosa que se hallaba bajo la casa. Nadé en círculos hasta una suave roca blanca emplazada al final de un sendero que desciende abruptamente por su jardín. Desde este lugar, según un primo suyo, Yeats-Brown daba rienda suelta a su «pasión por los baños: como el maravilloso nadador que era, se precipitaba al mar y se agarraba a una roca, y desde allí abajo nos dedicaba una sonrisa a través del agua translúcida durante tantos minutos que sus primos más jóvenes no podían sino alarmarse».

Mi padre se marchó de la India para cruzar, desde Portofino, al otro lado del Mediterráneo. Durante algunos años vivimos en Bengasi, no muy lejos de la antigua ciudad griega de Cirene. Las Navidades las pasábamos entre sus ruinas, como únicos invitados de un fantasmal hotel entre higueras. El día de Navidad teníamos el ritual de bañarnos en una piscina natural de piedra, alargada y rectangular, con los lados incrustados de moluscos y anémonas, en la cual, según se decía, Cleopatra y los romanos habían nadado en el pasado. Las olas rompían contra un extremo, y más allá de ellas, bajo la superficie, yacía la mayor parte de los restos de la ciudad clásica. La reciente publicación de los libros de Hans Hass y de Jacques Cousteau habían abierto un nuevo mundo. Al

sumergir nuestros rostros enmascarados en el agua surgían de las arenas corrugadas misteriosas huellas del perfil de las calles y las columnatas antiguas, cuya inviolabilidad se veía perturbada por la continua intrusión de unas rayas gigantes que sacudían las alas somnolientemente entre las columnas rotas, y que llegaban ondulando desde la tenebrosa oscuridad de las aguas profundas. Fragmentos de esculturas y pilares de fuentes se esparcían por todo nuestro apartamento, haciendo las veces de sujetalibros y topes para las puertas.

En verano tuvo lugar una competición de natación en Bengasi. Mi mejor amigo, que yo pensaba que no sabía nadar porque nunca se metía en el agua y pasaba todo el tiempo en una barca, se levantó perezosamente de las rocas en las que tomaba el sol y ganó todas y cada una de las pruebas por varios metros. Dijo que era fácil siempre y cuando uno emplease el crol japonés. Me pregunté a qué se refería. No hace mucho le escribí, después de más de treinta años, tras haberme hecho con su dirección en su antigua escuela, y le pedí que me explicase exactamente en qué consistía aquello. Al contrario que yo, mi amigo, naturalmente, había pasado página, pues en la respuesta que me envió desde su granja africana me contó cada pequeño detalle de su vida desde que nos conocíamos, pero no hizo mención alguna a la natación.

En la antigua piscina de piedra de Cirene, mi imaginación había desarrollado un oscuro vínculo entre la natación y los antiguos romanos, pero las semillas de este libro las sembraron los cuatro años que trabajé impartiendo clases de cultura clásica en una universidad árabe. Había solicitado el puesto tras toparme con un anuncio escrito en latín en la columna de anuncios por palabras del diario *The Times*, cuando trabajaba como guarda en una antigua piscina pública, de la época victoriana, en Paddington, tan deprimente y tan sucia que nadie la visitaba. En Arabia, al igual que en la piscina de Paddington, leer era la única diversión, de modo que durante aquellas largas tardes, mientras la ciudad al completo dormía, yo devoraba

libro tras libro entre las sombras del patio de nuestra casa de adobe, en el barrio árabe, y luego una vez más, bien entrada la noche, bajo las estrellas que se extendían sobre nuestro techo almenado. Como no había otra cosa que hacer, tomaba abundantes notas acerca de todo cuanto leía. El calor, la atmósfera reseca y la ausencia de piscinas me volvieron dolorosamente sensible al más ligero indicio de agua, a cualquier efímera referencia a la natación. Repasando ahora esas notas ráidas veo que en la página 180 de *Fiesta*, de Hemingway, un personaje «nadó con los ojos abiertos y todo era verde y oscuro», que el Babbitt de Sinclair Lewis era «uno de los mejores nadadores de la clase», y cuando se dio un chapuzón, «las sombras de las burbujas de aire que se le aferraban al vello se reproducían como un extraño musgo de la jungla». Todavía recuerdo el hipnótico efecto de los versos de Coleridge que describían un estanque de piedra bajo una catarata, donde el agua se reagrupaba continuamente en su «obstinada resurrección» para adoptar la forma de una rosa. En el extraño y antinatural clima que yo habitaba, detalles semejantes se me antojaban extraordinariamente significativos. Dedicaba párrafos enteros a la importancia de las fuentes en Nathaniel Hawthorne, a la variable profundidad del mar en Melville, a la pesca de Thoreau en el lago Walden, al tiburón en la literatura americana. Novelas y poemas parecían girar en torno al agua y la natación, de una forma bastante desproporcionada respecto a las intenciones del autor. Puedo simpatizar ahora, al confesar la demencial irrelevancia de esas notas, con cierto cronista del siglo XIX de los primeros años de la natación, que dedicó toda su vida a historiar tal asunto y que en sus viajes por Inglaterra y Francia a la caza de libros se sentía sempiternamente «avergonzado al preguntar a librerías, con harta vacilación, si tenían algún libro sobre la natación».

Entre la inusual variedad de libros que había en la biblioteca universitaria se encontraba una historia francesa de los Juegos Olímpicos. En ella me topé con un apasionado relato

de los últimos metros de la carrera entre Crabbe y Jean Tarris, que decidió el resultado de la final de 400 metros de 1932. Comencé a elaborar listas, tal y como Scott Fitzgerald había hecho con sus *quarterbacks* y sus mariscales napoleónicos favoritos durante los años de su *crack-up*,¹ de los nombres de los nadadores del momento, la década de los sesenta, como Zac Zorn y Donna de Varona, que, al igual que los de los generales del Sur en la guerra civil americana, parecían irradiar un aroma a osadía y romance.

Fue, sin embargo, en 1956, tras una lectura casual de un artículo en *The Times* durante mis primeros años de escuela, cuando fui consciente por primera vez de que la natación tenía una dimensión homérica. Era el año de los Juegos de Melbourne. Por entonces los hombres y mujeres australianos dominaban todos los estilos, y cada día saltaba la noticia de que había caído un nuevo récord. El nadador más destacado era Murray Rose. Ya había ganado los 400 metros cuando los australianos ocuparon sus puestos para dar comienzo a la prueba más larga de todas, una carrera que congregó, en fiera rivalidad, a representantes de las tres naciones que habían dominado la natación a lo largo del siglo, América, Australia y Japón:

Ha sido la salida de la final de los 1500 metros masculinos lo que ha concitado esta noche la mayor atención bajo los focos, y lo que con su aplastante triunfo ha demostrado la superioridad de los nadadores australianos. Hace dos días, Breen, americano, extraordinariamente fuerte pero dotado de un feo estilo, había desalentado a los seguidores de Rose, de origen inglés, dado el impresionante modo en que aplastó el récord

¹ Se refiere al «derrumbamiento» de Fitzgerald, que dio lugar a las notas y escritos misceláneos recogidos por el crítico Edmund Wilson y publicados posteriormente en la obra *El crack-up* (1945). (*Todas las notas son del traductor a no ser que se señale otra cosa*).

de este, por casi siete segundos, en su manga. En dicha ocasión, Breen tomó la delantera de sus rivales, comparativamente pobres, tras cincuenta metros, y se mantuvo en tiempos de récord durante toda la manga. Se temía que esta noche destrozara al esbelto Rose, aparentemente menos fuerte que él, en los primeros 800 metros, pero lo que sucedió fue que Breen no pudo zafarse del acecho del joven australiano ni del de Yamanaka.

La salida fue más tensa de lo habitual, con los ocho finalistas inclinados en posición sobre sus cajones, hasta que la pistola, tan sobrecogedora como siempre en esta enorme sala llena de ecos, los precipitó a una rápida zambullida. Breen tuvo la mejor salida y fue el primero en tocar medio largo por delante de Yamanaka, con Rose a solo unos centímetros por detrás, en tercer lugar. Tras ocho vueltas (400 metros) los tres nadadores se habían alejado ya del resto y el tiempo era de 4 minutos y 36.6 segundos, casi 4 segundos más rápido que el récord del mundo de Breen registrado el miércoles. Rose, que no había dejado de mantener una buena posición, no tardó en avanzar hasta la cabeza, y desde ese momento ya no tuvo a nadie por delante. Breen le fue a la zaga, agitando el agua en su desgarrado estilo, durante seis vueltas, momento que Rose aprovechó para sacarle un largo. Después de 1200 metros Yamanaka había superado a Breen y ocupaba el segundo lugar; y entonces, a medida que el americano comenzaba a quedar atrás, procedió a recortarle terreno a Rose. A dos vueltas del final Rose se encontraba dos largos por delante, pero Yamanaka estaba ganándole la posición rápidamente, y la última vuelta se vio asaltada por un soberbio rugido de aliento, procedente por un lado de los espectadores australianos y, por otro, de los enfervorecidos periodistas y seguidores japoneses que jaleaban desaforadamente. Fue Rose quien hizo la carrera más inteligente, sin embargo, y quien finalmente llegó a la meta con bastante comodidad, aunque de haber habido otro largo el resultado hubiera sido muy distinto.

Cuando treinta y cinco años después revisé los ejemplares atrasados del *Times* y volví a leer el artículo, me pregunté por qué aquello había causado tanta impresión en su época. Nunca en mi vida me había detenido a ojear el *Times*, y era el único periódico que describía en detalle la carrera. De hecho, ningún otro diario la mencionaba siquiera. No conocía a ningún otro chico en la escuela que hubiera leído el artículo, o que, de haberlo hecho, reaccionara con algún interés. Quizá fuera el aire de distinción que brindaba *The Times*, el hecho de que secundara y reflejara una arcana obsesión mía que resultaba imposible compartir, puesto que se trataba en buena medida del producto de una infancia y de unas experiencias esencialmente distintas. A una edad en la que uno busca héroes, me sentí irresistiblemente atraído por la resuelta ejecución del «esbelto Rose, aparentemente menos fuerte», ligero y desenvuelto y flanqueado por dos rocosos e inflexibles rivales, un David entre Goliats. Admiraba asimismo la textura de su nombre, su fría inteligencia, el calmado control que pareció ejercer desde la salida, su estilo grácil y fluido. Rose nadaba, como yo sabría después, en las condiciones que más le favorecían: por la noche, en una piscina iluminada.

Cuatro años después, durante las Olimpiadas de Roma, puse por casualidad la televisión ya muy entrada la noche, y allí, en la pantalla moteada, se hallaba la silueta apenas discernible de Rose, asiéndose a la escalerilla mientras emergía humildemente de la piscina, tras haber ganado otra medalla de oro. No era Rose de los que hacen temblar el aire triunfalmente con el puño. Rubio, de constitución clásica, me parecía a mí, un sensiblero adolescente que acababa de regresar de su primera visita a los museos griegos, todo cuanto yo no era. «No te preocupes —recuerdo que comentó mi madre sin mucha convicción—, quizá tú tengas más cerebro». La madre de Rose llegó a escribir que entre las posesiones más preciadas de su hijo, cuando era niño, se contaban sus «muy gastados» libros de autores de la Grecia clásica. Rose «los estudiaba y reflexio-

naba sin cesar sobre ellos», mientras su madre le alimentaba mediante una dieta de algas, sésamo y semillas de girasol para infundirle la «veneración griega hacia una mente disciplinada y un físico perfecto».

En una visita reciente a Los Ángeles me sorprendió saber de labios de Richard Lamparski, un popular cronista del declive de las estrellas de Hollywood, que Rose vivía allí, de hecho, al otro lado de su calle. Casado ahora con una antigua bailarina principal del Joffrey Ballet, le había sido concedida una beca en la Universidad de California del Sur en virtud de sus triunfos olímpicos, y había interpretado allí el papel de Hamlet en una producción universitaria; más tarde había tenido algún papel menor en las películas «de playa» de los primeros años sesenta. Convinimos reunirnos para jugar un partido de *squash* y nadar en el venerable Club Atlético de Los Ángeles, entre los edificios administrativos y los rascacielos del centro de la ciudad. Después de un frenético partido, Rose se fue a nadar una hora, tras lo cual le propuse una carrera a cuatro vueltas. Rose me había visto nadar y comprendió que no representaba el menor desafío, así que se plantó tranquilamente en la parte poco profunda y me hizo un ademán para que empezase cuando quisiera. Él me seguiría. En la marca que señalaba la mitad del recorrido estuve a punto de quedar por delante, pero de pronto Rose apareció ante mí con su estilo grácil y natural, y me ganó fácilmente. Cómo no iba a ser así. Los entrenadores americanos lo describían como el más grande nadador de todos los tiempos, más grande aún que Weissmuller. No hacía tanto, Rose había marcado tiempos más rápidos que en las Olimpiadas. Su aspecto aún era muy similar al que le adornó en sus mejores años, y reparé en que tenía esas manos y esos pies alargados que los mejores nadadores parecen poseer.

Fuimos a comer al jardín de Butterfields, donde vivió Errol Flynn, en la esquina de Sunset y Olive. Rose ya no se sustentaba de algas, sésamo y semillas de girasol. Entre los naranjos

hablaba tranquilamente de sus primeros recuerdos infantiles en Australia, sus nados en la reserva Manly, la piscina natural de Bondi Beach, donde las olas llegaban por los lados mientras él avanzaba con fuerza y lo proyectaban en una única dirección hasta lograr tiempos verdaderamente extraordinarios. Sus experiencias más intensas eran los baños a primera hora de la mañana en la bahía de Sídney: allí el agua era una bandeja, su textura sedosa, y nadar se asemejaba a una «aventura en un mundo diferente», especialmente en Navidad, cuando llegaba desde el Pacífico la crecida de la «marea real». Rose tenía la sensación de que en tales condiciones había hecho sus tiempos más rápidos, animado por una exultación que nunca llegó a experimentar en una piscina hecha por la mano del hombre. Para él, nadar suponía una relación intensamente sensual, una sucesión rítmica de sonidos que tenía lugar cuando las manos cortaban el agua que discurría bajo el cuerpo y formaba una ola contra el lado de la cara. El ritmo reduce el esfuerzo. Antes de una carrera, Rose escuchaba una música en particular que se aproximaba al ritmo de su brazada. *In the Mood*, de Glenn Miller, coincidía a la perfección.

La cualidad principal, prosiguió Rose, exigible a un nadador era la «sensibilidad al agua». Rose utilizaba las manos y las piernas como un pez usaba sus aletas, y era capaz de sentir la presión del agua en sus manos, de sostenerla en la palma al hacer avanzar la brazada sin dejar que se le escapase entre los dedos. Rose tenía la opinión de que, al igual que sucedía con los zahoríes, solo conseguían su propósito aquellos que tenían una afinidad natural con ella. A veces el agua podía convertirse en una obsesión, como le sucedió a Rick DeMont, un magnífico estilista que ganó una medalla de oro en 1972, pero le fue retirada al descubrirse que en su sistema había rastros de un fármaco que el médico del equipo le había prescrito para tratar el asma. Ahora vive en Tucson, al arrimo del desierto de Arizona, consagrado a «una búsqueda espiritual de agua». Como un zahorí, puede sentir en qué lugar es más probable

que surjan las corrientes del desierto tras las lluvias, y recoge su momentánea presencia en distintas acuarelas. Enormes óleos, inspirados en sueños, revelan las tenues formas de unos peces prehistóricos nadando a través de los ríos de la jungla. Rick DeMont adora el sonido del agua, la sensación que le deja en manos y piernas. Para él, las corrientes y los sueños «obligan» a una interpretación.

Para intensificar esta sensibilidad al agua, los nadadores australianos de los años cincuenta procedieron a afeitarse las piernas antes de las carreras importantes. La idea llegó a América en 1960, cuando Rose se mudó a Los Ángeles. Los nadadores americanos comenzaron a afeitarse, aparte de las piernas, brazos, pecho y cabeza. En las largas distancias los tiempos se redujeron en minutos. Lo que contaba no era tanto la eliminación de los cientos de diminutas burbujas de aire que se agarran al pelo y ralentizan el movimiento como su efecto psicológico. Rose describía la íntima y sensual consciencia del agua que sentía al sumergirse, la impresión de sentirse suspendido, unido al elemento, la repentina descarga de energía similar a la que experimentaban los bailarines de *ballet* que se despojaban del vello a fin de estimular sus ramificaciones nerviosas. Cuando un nadador lograba un buen tiempo, la primera pregunta que invariablemente se formulaba era: ¿está afeitado o no está afeitado? La cuestión inmediata es la frecuencia con la que uno puede afeitarse. Si cabe la posibilidad de retrasar el afeitado hasta las pruebas o las mangas preliminares, se convierte en una ventaja psicológica sobre los rivales. El afeitado ha pasado a convertirse en una complicada ciencia. El secreto radica en no pasarse al hacerlo o de otro modo se perderá la emoción, en limitarlo para que uno se pueda quitar más vello cuando sea necesario. Antes de las carreras, observamos que algunos nadadores frotan las manos sobre el áspero acolchado de los cajones, a la manera en que un ladrón de cajas fuertes se frota las yemas de los dedos para aumentar su sensibilidad. Las mujeres de Alemania Oriental llevaron el afeitado un paso

más lejos cuando adoptaron el *skinsuit*, confeccionado en una sola pieza de nailon elástico que parecía pegada al cuerpo. Al principio, los pudorosos cámaras de televisión encuadraban a las nadadoras solamente de cuello para arriba, pero los trajes ya gozan de una universal aceptación. La australiana Dawn Fraser afirmaba que podría haber roto todos los récords si le hubieran permitido nadar desnuda. La desnudez tenía su origen en las olimpiadas griegas, cuando a Orsipo se le cayó el taparrabos y a partir de ese instante se vio que sacaba una enorme ventaja.

Los nadadores olímpicos están sujetos a unas condiciones únicas. Se encuentran aislados en sus carriles. No hay convergencia ni contacto, como sí lo hay entre los corredores. La suerte juega un papel relevante incluso al más alto nivel. Un nadador puede encontrarse muy adelantado en la llegada, pero calcular mal su última brazada, o verse condenado a un carril donde se vea obligado a respirar por su lado «equivocado» en la vuelta final. Una fotografía de 1936 muestra al japonés Uto muy por delante hacia la llegada, pero perdiendo ante la embestida del americano que llegaba por su exterior. Si un nadador puede mantenerse a la altura de la cadera de su rival es posible que se vea arrastrado por su impulso, aprovechando así la inercia del otro, además de actuar como un ancla para el que tiene por delante. «Me he limitado a surfear sobre su estela», fue la respuesta de Armstrong a los periodistas que le preguntaban cómo había hecho para derrotar a Biondi.

Tampoco el físico de los nadadores se parece al de otros atletas. Los mejores nadadores rara vez destacan en otros deportes, pues sus cuerpos están demasiado adaptados a sus necesidades. Los músculos de un nadador son largos y flexibles. «No puedes hacer nada en el agua que sea súbito o violento», observaba Bachrach, aquel gran entrenador de Chicago de la década de 1920: «Incluso a una piedra le lleva un rato sumergirse. Las cosas hay que hacerlas con la relajación y la ondulación de una serpiente». Su observación de la superior velocidad de

peces esbeltos y alargados como el sauger y el lucio le llevó a buscar nadadores «serpentinicos», y su impresión fue que había encontrado la perfecta forma aerodinámica en el elástico Weissmuller.

Bachrach insistía en que en la natación uno debe ignorar a sus rivales: «En la mayor parte de los deportes los rivales tienen un efecto físico en tu desempeño, mientras que en la natación solo es psicológico. Cuando te preocupas por lo que tu rival está haciendo te olvidas de lo que haces tú, y eso solo sirve para desconcentrarte de tu ejecución». En cuanto el nadador toca el agua ya no hay nadie más, y se inmuniza de la influencia exterior, pero antes de que comience la carrera pueden pasar muchas cosas que perturben su estado mental. Incluso la manera en que un nadador saluda a la multitud y se quita la bata para acceder a los cajones de salida puede ser significativa. «Me daba miedo — señaló uno de los finalistas que se enfrentaron a Gross — ese monstruo de tío que te pasa los brazos por la cara. Tratava de no mirarle antes de la carrera, porque realmente impresiona». El vestuario es un lugar en el que las emociones están a flor de piel. Una australiana acostumbraba a sentarse frente a su principal rival y mirarla fijamente a los ojos. Schollander refiere que antes de una semifinal olímpica puso de los nervios al francés Gottvallès, que detentaba el récord del mundo, solo con acercársele poco a poco en el banco mientras ambos se cambiaban, y entonces, cuando el desesperado Gottvallès corrió a los urinarios, Schollander le siguió y se plantó detrás de él aunque había otros libres.

Bachrach era consciente de los diversos «riesgos mentales, los problemas psicológicos» que padecían sus principales nadadores de Chicago, quienes detentaban casi todos los récords del mundo en la década de 1920. Tenía la sensación de que muchos de ellos podían convertirse en auténticos campeones «solo si superaban esos problemas». El entrenamiento solitario del nadador, las largas horas que pasa sumergido inducen a la mente a un estado reflexivo y solitario. Buena parte del

entrenamiento del nadador sucede en el interior de su cabeza, sumergido como está en el sueño continuo de un mundo subacuático. Tan intensas y reconcentradas son sus condiciones que se convierte en presa de delirios y neurosis que trascienden la experiencia de otros atletas. La peculiar psicología del nadador y su «sensibilidad al agua» constituyen los temas elementales de este libro.